

## EL EMPEÑO DEL AMOR FRATERO EN LA COMUNIDAD

La vida de comunidad constituye una de las características esenciales de la vida religiosa. Es cierto que ella no se verifica en la vida eremítica y en ciertos Institutos laicales, pero está presente en la gran mayoría de las formas de vida consagrada, aun siendo susceptible de diversos grados de intensidad. Debemos preguntarnos en qué medida extrae sus orígenes de Cristo.

### A. LLAMADOS INDIVIDUALES Y FORMACIÓN COMUNITARIA

Un primer hecho aparece con evidencia en los evangelios: Jesús desea formar en torno a sí un grupo de discípulos y un grupo de mujeres.

Los llamados son individuales. Cada vez que el texto evangélico nos refiere un llamado, aparece dirigido a una persona determinada; las invitaciones que tienen por objeto específico el seguimiento de Cristo, no revisten jamás una forma colectiva. Jesús no llama a ningún grupo para seguirlo; lanza su invitación sólo a individuos; y, es la decisión libre de cada uno la que suscita la respuesta.

Es fácil comprender este carácter estrictamente personal de la vocación: ya que exige el don total del ser y del actuar, compromete a la persona en lo que tiene de más profundo. Sólo la persona puede evaluar el compromiso y consentir. Las palabras referidas en el evangelio de Mateo (19,21) en el llamado al joven rico, "si quieres ser perfecto", expresan bien la propuesta hecha a

la persona y confiada a su libertad. En el caso de este joven rico, Jesús quiso preservar su libertad enfriando el entusiasmo de aquél que, precipitándose, se había postrado delante suyo. Deseaba una decisión a sangre fría. En consecuencia, no lanzaba llamadas colectivas en las que se ejerciera una cierta presión del grupo sobre los individuos para inducirlos a una respuesta de adhesión. Jesús no deseaba más que respuestas verdaderamente personales a sus invitaciones, provenientes de la voluntad libre de cada uno.

El carácter personal del llamado se manifiesta también en los pormenores propios de cada uno de los relatos de vocación. Cada uno de esos relatos reviste una fisonomía particular: las circunstancias, y las palabras pronunciadas por Jesús, son diversas. Así, la exigencia formulada por el Maestro en su invitación se adapta a aquél al que va dirigida, y pone el acento en la renuncia más difícil de lograr en razón de las disposiciones o de la situación de la persona llamada. Al joven rico se lo invita a vender sus bienes, mientras que a otro se le pide dejar a su padre<sup>1</sup>, a otro, aceptar las incomodidades de una vida errante (*Lc* 9,58). Esta diversidad muestra que a cada uno se lo llama de una manera adecuada a su personalidad. Jamás una vocación es, pura y simplemente, idéntica a otra.

La diversidad en el modo del llamado testimonia el respeto de Jesús por cada persona; con esto reconoce a cada uno el derecho a la diferencia y a la originalidad. Aun si las exigencias esenciales del llamado son comunes a todos los casos, y consisten en la invitación a dejar todo para seguirlo, Cristo las traduce para cada uno de una forma concreta, teniendo en cuenta sus aspiraciones, sus tentaciones y sus dificultades. Cuando llama a alguien, lo acepta ante todo como es, con las cualidades y límites de su personalidad. No niega a nadie el derecho de ser él mismo, sino que desea comprometerlo así como es en un nuevo camino.

Con esto deja entender también el querer favorecer en este camino un auténtico desarrollo de la personalidad de cada uno. No quiere quitar ni sofocar nada de todo aquello que sea válido en la persona humana. Si desea recibir a cada uno de los que llama con una adhesión absoluta, no quiere, de ninguna manera, arrastrar tras de sí a los confundidos, esclavos o autómatas. Desea que los que poseen una fuerte personalidad la conserven y la desarrollen.

1. *Lc* 9,59; *Mt* 8,21. LAGRANGE piensa que el que fue llamado había perdido a su padre y debía asistir a sus funerales; se habría alejado por un período de tiempo bastante breve (*Évangile selon saint Luc*, París 1921, 288). Pero la hipótesis es poco probable, porque en el breve intervalo entre la muerte y los funerales es difícil pensar que este individuo haya querido encontrarse con Jesús o que éste haya querido llamarlo, y además, porque se explicaría mal la respuesta negativa de Jesús a un pedido tan legítimo (cf. P. GAECHTER, *Das Matthäus Evangelium*, Innsbruck-Vienne-Munich 1963, 275). Se trata de alguien que deseaba vivir con su padre hasta que éste muriera; el mandato es, entonces, renunciar a este proyecto.

Cuando llama a Santiago y Juan, hijos del trueno (*Mc 3,17*), entiende respetar la vivacidad y el ardor de su temperamento<sup>2</sup> poniéndolos al servicio de su reino. Los dos discípulos seguirán siendo ellos mismos, pero en el nivel más alto de la misión apostólica que se les ha confiado. Cristo quiere promover todos sus recursos personales.

La preocupación de acoger a cada persona en su originalidad, pone más vivamente en evidencia la intención de reunir en un grupo estable a todos aquellos que son llamados. Jesús quiso que, a pesar de todas las diferencias que pudiesen separarlos, o incluso oponerlos unos a otros, sus discípulos viviesen unidos. Pidiendo a cada uno que lo siguiera, los unía entre sí en la misma adhesión a su persona. Su manera de actuar con las mujeres es similar: las que atrae voluntariamente para seguirlo se encuentran unidas unas a otras por la atracción común que las une a él.

El mismo quiso conferir a la vida consagrada que instauraba una dimensión comunitaria. Aun si en la formulación del llamado no enunciaba expresamente esta dimensión, la tenía en perspectiva manifiestamente cuando agrupaba en torno a sí a aquéllos y aquéllas que llamaba. No hubo ningún período en el cual el Maestro tuviera consigo un discípulo solo. Según las indicaciones de san Juan, son dos los primeros discípulos que siguen a Jesús (*Jl, 37*); y a ellos se unen otros enseguida. Desde el principio de su ministerio, el Maestro ha formado alrededor suyo un grupo de discípulos.

Este hecho recibe todo su significado a la luz de la renuncia a la familia. Para justificar su propia separación con respecto a su familia, Jesús afirma que ha entrado en una familia más amplia, que reúne a aquéllos que cumplen la voluntad del Padre (*Mc 3, 34-35*). Cuando exige esta misma separación en aquéllos que lo siguen, su propósito es el de reagruparlos en una familia de un orden más elevado, en la cual todos, por su adhesión a él, cumplan la voluntad divina. Los que pierden madre, hermanos, hermanas, reencuentran, en las nuevas relaciones que entablan junto a Jesús, lazos afectivos que recrean una cierta atmósfera familiar, a nivel sobrenatural.

Es verdad que los lazos familiares conservan una cualidad que les es propia; y Jesús no pretende quitarles su valor. El mismo, como lo muestra el drama de la cruz, permanece lleno de afecto por su madre. No obstante, supera, y hace superar también a María, el simple nivel de relación entre un hijo y su madre,

---

2. Este temperamento vivaz aparece especialmente en *Mc 9,38* y *Lc 9,49*, donde Juan quiere impedir a alguien que expulse los demonios en el nombre de Jesús; y sobre todo, en *Lc 9,54*, donde Santiago y Juan hubieran deseado hacer descender fuego del cielo sobre una ciudad de Samaría. Si bien algunos exégetas han buscado una interpretación distinta para el nombre de *Boanerges* (cf. V. TAYLOR, *The Gospel According to St. Mark*, Londres 1957, 232), la alusión al temperamento permanece como la interpretación más verosímil.

para elevarlo al plano superior de la mujer que por excelencia colabora con el Salvador en su obra redentora y que recibe, en virtud de su participación en el sacrificio, una nueva maternidad que se extenderá a todos los discípulos<sup>3</sup>.

En realidad, a través de la dimensión comunitaria que confiere a la vida consagrada, Jesús no se propone como meta el encontrar una compensación del abandono de la vida familiar, ni de ofrecer algo equivalente a esta vida. El hace entrar a sus discípulos en una comunidad en la cual los vínculos de afecto se llevan a un nivel más elevado. Estos vínculos tienen una cierta analogía con los familiares, ya que el Maestro considera a sus discípulos como hermanos: pero es una fraternidad animada por un amor nuevo que instituye un clima afectivo de calidad superior. El mismo ha definido este amor que debía reinar entre sus discípulos, insistiendo sobre su novedad.

Antes de analizar más atentamente la exhortación a este nuevo amor, es necesario agregar algo importante con respecto al envío de los discípulos en misión. Lucas nos dice que el Señor envió a los setenta y dos discípulos "de dos en dos delante suyo en cada ciudad y lugar adonde El debía ir" (10,1). Jesús deseaba una cierta dispersión momentánea de los discípulos para alcanzar un territorio más amplio, pero no manda a ninguno solo. Enviándolos de dos en dos, confirma el compromiso del amor fraterno que ha pedido a cada uno asociándolos al grupo de los que lo seguían. Salvaguarda el espíritu comunitario que había comenzado a establecerse entre sus discípulos; aunque adaptando su forma a las condiciones de la misión de predicar. Se puede reconocer en este hecho la indicación que las exigencias de la actividad apostólica no deben llevar al aislamiento a aquellos que son enviados, y que una compañía fraterna favorece el cumplimiento de la misión. Una dimensión comunitaria debe permanecer en el apostolado.

## B. LA EXHORTACION AL AMOR RECIPROCO

Varias veces los evangelios nos refieren los preceptos de amor enunciados por Jesús. Pero es en la Última Cena cuando El se dirige particularmente al grupo de sus apóstoles para exhortarlos al amor recíproco.

### 1. Los conflictos y las vías de solución

La Cena fue para los Doce ocasión de contienda: "Surge entre ellos una

---

3. En las palabras: "Mujer, ahí tienes a tu hijo", el apelativo "mujer" en lugar de "madre" toma todo su valor (Jn 19,26); indica que Jesús consideraba a su madre en un nivel que supera las relaciones familiares. Cf. J. GALOT; *Marie dans l'Evangile*, Paris-Bruges 1965, 180-181.

discusión: ¿quién podía ser considerado el más grande?" (Lc 22,24).

Nos podemos preguntar si la ocasión de tal contienda no sería el puesto en la mesa<sup>4</sup>. En una parábola, Jesús había desaprobado la actitud de los que en un banquete de bodas van a ocupar el primer puesto; y había dado el consejo: "cuando seas invitado, ve a ponerte en el último lugar" (Lc 14,10). Pero se debe suponer que tal recomendación no haya penetrado suficientemente en la mentalidad de los Doce.

Muchas veces el Maestro había reaccionado ante las rivalidades que se manifestaban clamorosamente entre los discípulos. Para hacerles entender quién era el más grande, había puesto un niño en medio de ellos: "Aquél que se haga pequeño como este niño, será el más grande en el Reino de los Cielos" (Mt 18,4)<sup>5</sup>. A la ambición de Santiago y Juan de ocupar los primeros puestos en el Reino —ambición que suscitaba la cólera de todos los demás apóstoles— había respondido con una declaración de principios: "El que quiera ser el primero entre ustedes, será el servidor de todos. ... El Hijo del hombre ha venido no para ser servido sino para servir y dar su vida en rescate por muchos" (Mc 10, 43-45).

Pero la reacción de Jesús, por más enérgica que haya sido, no había logrado modificar la conducta de los discípulos, ya que en la Última Cena con Jesús se dejan llevar por la misma contienda. Ese estado de espíritu que alimentaba deseos contradictorios y causaba división, aparecía como grave amenaza contra la unidad del grupo constituido por el Maestro; y era tanto más dañino cuanto que se refería a aquéllos que habían sido llamados de manera privilegiada a una entrega total a la persona de Cristo y a su Reino.

Para combatirlo, Jesús realiza un gesto bien concreto que pone ante sus ojos lo que les había sido dicho al respecto: querer ser grande es hacerse servidor, al modo del Hijo del hombre que no ha venido para ser servido sino para servir. El gesto de lavar los pies lo presenta el evangelista Juan como una expresión del amor que culmina en el sacrificio: "Jesús, sabiendo que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los su-

- 
4. Lucas no menciona esta disputa en el comienzo de la Cena, pero es poco probable que haya sucedido a continuación del anuncio de la traición a Jesús, como indicaría el Evangelio. J. ERNST recuerda que el orden de los lugares en una cena revestía una importancia particular en la sociedad judaica, como testimonian los textos rabínicos (*Evangelium nach Lukas*, Regensburg 1977, 593).
  5. Algunos exégetas han buscado determinar las cualidades del niño que los adultos deben imitar como la ausencia de ambición. Pero LAGRANGE observa: "También a los niños les gusta ser los primeros y dominar a su edad" (*Evangile selon saint Matthieu*, Paris 1923, 347). En realidad, Jesús pide simplemente que en lugar de hacerse grandes, se hagan pequeños como un niño entre los grandes; es una manera ingeniosa de exigir la humildad.

yos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin" (13,1)<sup>6</sup>.

De este amor supremo deriva la importancia del gesto, que no es sólo una respuesta ocasional a una disputa por el primer puesto, sino una indicación definitiva sobre la conducta a adoptar. Jesús quiere imprimir para siempre en el espíritu de sus discípulos y en el de sus oyentes y de los lectores del Evangelio, la imagen de un Maestro que se inclina como servidor ante sus discípulos para lavarles los pies.

Es significativa la resistencia de Pedro, que contribuye a mostrar hasta qué punto aquel gesto se oponía a la mentalidad de los discípulos. Aquél que había recibido la promesa de llegar a ser la "piedra" sobre la cual sería edificada la Iglesia, y que por lo tanto era destinado a fener el puesto de Cristo sobre la tierra, estaba todavía lejano, en ese momento, de compartir las disposiciones de Aquél del cual sería el representante. Pero Jesús quiere preparar a su discípulo para su misión, y lo pone claramente de frente al dilema: o separarse de El, o admitir el gesto y entrar en la mentalidad y en las disposiciones que implica: "Si no te lavo, no tendrás parte conmigo" (13,8). Afortunadamente, Pedro está tan profundamente unido a Jesús que no tiene ni un momento de vacilación, y manifiesta más bien un cierto entusiasmo en aceptar el humilde servicio de su Maestro.

La lección es formulada enérgicamente por Jesús después del gesto, para que ninguno dudase de la interpretación que había que darle: "Si yo, el Señor y Maestro, he lavado sus pies, también ustedes deben lavarse los pies unos a otros. Les he dado el ejemplo para que, como he hecho yo, hagan también ustedes" (13,14-15). Evidentemente, la prescripción no concierne a la materialidad del gesto sino a toda la íntima actitud de entrega humilde que significa.

Con este precepto Jesús ofrece la solución a todos los conflictos de amor propio y de ambición personal que correrán el riesgo de sembrar la división entre sus discípulos. Toda tentativa de solución que buscase simplemente aquietar estos apetitos o de conciliarlos con los compromisos, sería insuficiente. A las disputas por el primer puesto, Jesús no responde estableciendo un orden de precedencias; lo necesario es renunciar a la causa misma del conflicto, al egoísmo hambriento de reivindicaciones, y adoptar una actitud contraria, un amor que tiene prisa por servir a los otros, y, que se pone espontáneamente en el último puesto, en vez de querer ocupar el primero.

---

6. En esta frase, el evangelista describe la disposición de amor que inspirará toda su actitud durante la Pasión "hasta el fin", que significa "hasta la muerte", y "hasta el extremo", pero cuya primera manifestación se da en el lavado de los pies. Así LAGRANGE piensa que este versículo sirve de introducción "a todo lo que sigue, comprendida la muerte de Jesús", pero también el lavado de los pies. (*Evangile selon saint Jean*, París 1925, 349).

La audacia con la que Jesús exige esta disposición, opuesta a aquélla de la cual sus discípulos han dado prueba hasta ahora, se funda sobre su mismo ejemplo: es El el que se empeña en un camino en el cual quiere que entren los que lo siguen.

## 2. El precepto nuevo del amor

Refiriéndose otra vez a su ejemplo personal, Jesús formula el precepto general del amor recíproco: "Les doy un mandamiento nuevo: ámense unos a otros; como yo los he amado, ámense también ustedes unos a otros" (*Jn* 13,34; cf. 15,12).

El simple precepto de amarse recíprocamente no era nuevo, ya que la Ley hebraica imponía el amor al prójimo. Jesús mismo cita las palabras del *Lévítico* (19,18): "Amarás a tu prójimo como a tí mismo". Según la versión de Mateo (19,19), en el diálogo con el rico, El anuncia este mandamiento como el compendio de todos los que ha enumerado antes. Desde este punto de vista se puede hablar de "novedad" con motivo de la importancia atribuida al precepto. Esta importancia es todavía puesta de relieve más vivamente cuando a la pregunta hecha por el doctor de la Ley sobre el primer mandamiento, Jesús responde que el segundo mandamiento es "similar" al primero (*Mt* 22,39); es decir, que el precepto del amor al prójimo tiene el mismo nivel de importancia que el precepto del amor a Dios, bien que este último quede como el primero. Citando el segundo, aunque había sido interrogado sólo sobre el primero, muestra que los dos mandamientos son inseparables, y que la observancia del primero es auténtica sólo si va acompañada por la observancia del segundo. En otras ocasiones precisará mejor esta relación, mostrando cómo el amor al prójimo deriva del amor a Dios: se es hijo del Padre cuando se comparte su manera de amar (*Mt* 5,45).

Además de la novedad esencial de la importancia del amor al prójimo relacionado con el amor a Dios, aparece también, en la enseñanza de Jesús, la novedad de la extensión ilimitada del amor. Mientras los intérpretes de la Ley hebraica limitaban la obligación de amar dentro de los límites de la noción de "prójimo", y reconocían el derecho de excluir del amor a aquél que no era considerado como prójimo, el Maestro rechaza esta restricción. Con la parábola del buen Samaritano (*Lc* 10,29-37), pone la cualidad de "prójimo" sobre todas las discriminaciones nacionales y religiosas, y prescribe a cada uno hacerse prójimo de los otros, de modo que ninguna exclusión se admita ya más<sup>7</sup>. Por lo tanto, El retoma la Ley hebraica sólo para ampliar sin reservas su aplicación.

7. "El precepto de la misericordia vale de manera incondicional y sin limitaciones", concluye J. ERNST (*Lukas*, 349).

Tal superación de todos los límites se confirma por el amor que Jesús demuestra hacia los pecadores, no aceptando su marginación en la sociedad judaica; esto está más formalmente enunciado en el precepto que manifiesta la oposición a la interpretación restrictiva del amor al prójimo en la tradición judaica: "Han oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo; pero yo les digo: Amen a sus enemigos y recen por sus perseguidores..." (Mt 5,43-44). Se puede recordar como, en un cierto número de Salmos, los enemigos eran objeto de sentimientos hostiles, y la oración con respecto a los perseguidores estaba dirigida a obtener la venganza divina en su perjuicio<sup>8</sup>. Oponiéndose a esta mentalidad de odio hacia los enemigos y perseguidores, que tenía tan profundas raíces en el alma humana y era considerado legítimo, más de cuanto se expresase en la piedad hebraica, Jesús tiene conciencia de la novedad del amor que propone.

Esta novedad está también en relación con la novedad de la revelación del Padre y de su amor universal: el Padre "hace salir el sol sobre los malos y los buenos, y hace caer la lluvia sobre los justos y sobre los injustos" (Mt 5,45). Este amor universal del Padre por los justos y los malvados es puesto concretamente a la luz por Jesús con su actitud de benevolencia hacia los pecadores: ahora esto debe reflejarse en la conducta de todos. El amor no puede detenerse más a medio camino: debe llegar hasta el extremo de la generosidad. Jesús no duda en exigir la perfección en este ámbito: "Sean perfectos como su Padre celestial es perfecto" (Mt 5,48).

Las novedades que Jesús ha introducido en el amor al prójimo asumen todo su valor en la manera nueva con la cual formula el mandamiento para sus discípulos<sup>9</sup>. Hablando a un doctor de la Ley, cita esta Ley, pero quiere hacerle superar sus límites. Cuando se dirige a sus discípulos reunidos en círculo íntimo en la Cena, se expresa más libremente y enuncia de manera más completa el amor que quiere ver reinar entre ellos.

La gran novedad se expresa en las palabras: "Como yo los he amado". Para comprenderlas totalmente, es necesario poner esta fórmula en paralelo con el precepto antiguo. En este último, la medida del amor al prójimo era aquél mismo que debía practicarlo: debía amar al prójimo como a sí mismo; el amor a sí mismo era la regla del amor a los otros. Cada uno debía actuar

---

8. Es verdad que no se encuentra ninguna huella de un mandamiento de odiar a los enemigos, en el judaísmo contemporáneo, observa GAECHTER. Pero la limitación del deber de amar a los Israelitas comportaba este corolario, y es así que en la secta de Qumrán todos debían "amar a los hijos de la luz" pero odiar "a los hijos de las tinieblas" (1 GS I 10) (*Matthäus*, 193-194).

9. R.E. BROWN atribuye la novedad a la Nueva Alianza instaurada por Jesús (*The Gospel According to John*, New York 1970, 614). Pero esta alianza resulta del sacrificio redentor, y el nuevo mandamiento en su formulación se funda en el amor que se ha manifestado en este sacrificio.



con los otros como hubiera deseado que los otros actuasen con él: "Todo lo que quieran que los hombres les hagan, háganlo ustedes a ellos: esto es la Ley y los Profetas" (Mt 7,12): Aquí las perspectivas de la antigua Alianza están netamente superadas por la nueva: ya no es más el yo de cada uno y sus deseos lo que da la medida del amor, sino Cristo en persona. La medida no es más simplemente una medida humana: se transforma en una medida divina. Amar como ha amado Cristo, es amar al modo de aquél que es Dios y se ha hecho hombre.

Además, la medida indicada es la del sacrificio. Jesús no dice: "Aménse unos a otros como los amo yo", sino "como yo los he amado": con esta expresión<sup>10</sup> se refiere al momento en el que ha manifestado el amor más grande, ofreciendo su vida por los propios amigos (Jn 15,13). También aquí se afirma la intención de pedir el máximo, la perfección. La lección estaba claramente expresada en la primera carta de Juan: "En esto hemós conocido el amor: El ha dado su vida por nosotros: por lo tanto, también nosotros debemos dar la vida por los hermanos" (3,16). El amor que debemos dar a los hermanos no puede dejarse bloquear por las penas y sufrimientos que puede comportar: debe estar dispuesto al sacrificio supremo.

Si Jesús hubiera propuesto su mismo amor solamente como un ejemplo, nos habríamos podido preguntar si era posible a simples creaturas imitar al Hijo de Dios hecho hombre; la medida divina del amor en Cristo supera todas las posibilidades humanas. Sin embargo, diciendo "como yo los he amado", Jesús no se da sólo como modelo, sino como principio de amor nuevo<sup>11</sup>: El es el origen, el motor, la fuente del amor recíproco que exige. Es El el que comunica la fuerza, la energía de su mismo amor, y hace a sus discípulos capaces de seguir el camino del amor más perfecto. El precepto comporta así la seguridad de poder ser observado.

Aquí se encuentra la verdadera respuesta a la situación que se había creado entre los discípulos. Las disputas continuas por el primer puesto habían indicado que, no obstante los reclamos y enseñanzas de Jesús, los discípulos eran incapaces de conservar la unidad entre ellos y de resistir a sus deseos ambiciosos. Para salir de esta impotencia, era necesario para ellos una fuerza superior, la que vendría del amor comprometido en el sacrificio redentor: el Sal-

10. El verbo griego está en el aoristo (*égapésa*) que indica una acción transitoria. C. K. BARRETT piensa que la primera referencia es al lavado de los pies; pero, ya que esto está ordenado a la muerte de Jesús, es finalmente esta muerte el modelo del amor (*The Gospel According to John*, Londres 1962, 377).

11. La conjunción griega *Kathós*, traducida "como", tiene un matiz causal e indica un principio, y no solamente una medida. Brown nota expresamente esta "fuerza comparativa y causativa" en otro *Kathós*, en 17,21, donde la unidad del Padre y del Hijo es modelo y causa de la unidad de los discípulos (*John*, 769). Esta fuerza debe ser reconocida de una manera análoga aquí.

vador mismo, con su amor llevado hasta el extremo, los haría capaces de desarrollar el amor recíproco y de hacerlo triunfar sobre todos los obstáculos. El corazón de los discípulos debía ser transformado por la gracia del amor redentor, y liberado del sometimiento a un orgullo reivindicativo y a un egoísmo acaparador.

La nueva fuerza de amor que se les ofrece por el Maestro les permite también superar todos los límites que hasta ahora habían puesto al amor al prójimo. En realidad, estos límites provenían de la mezquindad del corazón humano. Ahora los discípulos reciben el poder de amar al modo de Cristo, es decir, al modo de Dios; Jesús hace descubrir también la grandeza de este nuevo amor, afirmando que se trata de amar al modo del Padre, cuya benevolencia se extiende a todos.

La caridad tiene como nota característica la de ser un amor ilimitado, en razón de la fuente divina de la cual brota. No puede haber más ninguna excepción o restricción al universalismo del amor.

En particular, las culpas de los demás no pueden proveer un motivo legítimo que dispense del precepto; la única respuesta válida a estas culpas consiste en un esfuerzo de reconciliación. Jesús supone al otro en culpa, cuando ordena al que se acuerda que su hermano tiene algo contra él, dejar su ofrenda al pie del altar e ir a reconciliarse con el hermano (Mt 5,23). Hace una suposición análoga cuando trata más ampliamente la conducta a adoptar en caso de disputa: "Si tu hermano te ofende..." (Mt 18,15)<sup>12</sup>. Pide que se agoten los modos de reconciliación reconocidos por la costumbre, con un encuentro a solas, con el recurso a uno o dos mediadores, con el recurso a la asamblea; cuando dice: "sea para ti como un pagano o un publicano", no quiere una actitud de exclusión, sino nuevas tentativas de reconciliación fuera de las costumbres judaicas, como se hacía con los paganos o con los publicanos. Por lo tanto, exige un esfuerzo ilimitado de reconciliación, y da a sus discípulos el poder de hacer todo lo posible para el buen entendimiento, en el cuadro de las vías legales y fuera de ellas, asegurándoles que esta manera de actuar se aprueba en el cielo. El mandamiento del amor sin límites implica una exhortación a la reconciliación sin límites.

### 3. La oración por la unidad

Durante la última Cena, la exhortación al amor recíproco va acompañada por una oración por la unidad. Es cierto que la fuerza que Jesús quiere procurar a sus discípulos para desarrollar el amor recíproco les hará posible mantener la unión: pero, haciendo de esta unión el objeto de una ora-

12. Cf. J. GALOT, *Qu'il soit pour toi comme le païen et le publicain*, en "NRT" 96 (1974) 1009-1030.

ción al Padre, Jesús pone a la luz la necesidad en cada instante del don de lo alto para cumplir este ideal.

El hecho que esta oración en vista de la unidad ocupe un puesto tan notable en la última gran oración de Jesús en medio de sus discípulos, basta para indicar la importancia que le da a este objetivo. Las disputas frecuentes que se habían producido bajo sus ojos o detrás de sus espaldas (cf. *Mc 9,33*) habrían ya justificado esta importancia; sin embargo, la intención de Cristo es más amplia porque la oración por la unidad no tiende sólo a obtener la pacificación de los conflictos, sino a asegurar una concordia estable que movilizase para una fructuosa cooperación a todos los discípulos empeñados en la obra de evangelización y de difusión de la Iglesia. Se trata de una unidad esencial para toda la obra que ha emprendido en la tierra.

Desde la primera alusión a esta unidad, Jesús señala como modelo la unidad que El forma con el Padre: "Que ellos sean una sola cosa como nosotros" (*Jn 17,11*). Después, retoma con insistencia esta concepción de la unidad de sus discípulos fundada en la unidad de las personas divinas: "Que todos sean una sola cosa; como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos sean también una sola cosa, para que el mundo crea que tú me has enviado" (*Jn 17,21*). Por lo tanto, la unidad que debe reunir a los discípulos es especialmente apta para suscitar la fe, porque es signo y testimonio del amor del Padre que ha enviado a su Hijo entre los hombres. La unidad tiene, por lo tanto, un destino y una eficacia apostólicas.

Partiendo del modelo supremo de la unidad divina, Jesús pone de relieve la perfección de la unidad a la que son llamados sus discípulos: "La gloria que tú me diste, yo se las he dado a ellos, para que sean una sola cosa como nosotros. Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectos en la unidad y el mundo conozca que tú me has enviado, y que los has amado como me has amado a mí" (*Jn 17,22-25*)<sup>13</sup>.

Con esto, el Maestro termina de iluminar el sentido del amor recíproco que ha querido instaurar entre sus discípulos. No se limita a mencionar como ejemplo el amor del Padre, sino que designa la unidad que existe entre el Padre y el Hijo; así hace comprender que la comunidad de sus discípulos debe reflejar la comunidad de las personas divinas. Deriva de la comunidad suprema, porque, también en este caso, el "como" no indica sólo el ejemplo sino también el principio, la fuente primera.

Además, el influjo operante de la unidad divina se expresa con la presencia de Cristo y del Padre en la comunidad humana, presencia recíproca que

13. Como observa Brown (*John*, 771), según el texto joánico, esta consumación en la unidad debe verificarse en esta vida, y no solamente en el más allá, ya que ella debe tener un efecto sobre el mundo.

manifiesta la penetración más íntima: "que ellos sean en nosotros". Con las Personas divinas que vienen a habitar junto a los hombres, es su unidad la que viene a establecer una forma más alta de unidad humana. Con su revelación, Jesús quiso comunicar a sus discípulos, con su propia presencia, el amor que el Padre tiene por El: "... para que el amor con el que me has amado esté en ellos y yo en ellos" (*Jn* 17,26). Por lo tanto, es la unidad de amor del Padre y del Hijo, la que entra en la humanidad para unificarla<sup>14</sup>.

Esta unidad de los discípulos que se desarrolla en la unidad divina del Padre y del Hijo de los cuales recibe el amor, no se cierra sobre sí misma, ya que manifiesta al mundo el amor que inspira toda la obra de la salvación. Se debe notar que este carácter apostólico no es secundario: entra expresamente en la intención de Jesús. La oración por la unidad recibe como finalidad la propagación de la fe: "para que el mundo crea...". Más allá del bien que constituye la unidad para los discípulos, está también lo que deriva para el mundo.

Ya el Maestro, al formular el precepto del amor recíproco, había atraído la atención sobre el valor que debía revestir este amor a los ojos de todos: "En esto todos sabrán que son mis discípulos, en el amor que se tengan unos a otros" (*Jn* 13,35). Este signo de reconocimiento habría podido ser comprendido como si tuviese por objeto simplemente el discernir los discípulos auténticos de Jesús, pero lo que se dice después en la oración sacerdotal por la unidad muestra que el amor recíproco, distinguiendo los verdaderos discípulos, hace reconocer en ellos el amor de Cristo y el amor del Padre, y estimula así a los que lo constatan a la fe en el amor que salva.

#### 4. La exigencia del amor recíproco según la intención de Jesús

Los preceptos de caridad formulados por Jesús han sido acogidos por la tradición cristiana dándoles una aplicación universal. Esto vale especialmente para el mandamiento: "Amense unos a otros como yo los he amado" (*Jn* 15,12). Esta extensión universal entraba en las intenciones del Maestro, pero debemos observar sin embargo que el precepto concernía a los discípulos como sus primeros destinatarios. Es necesario reconocer el valor de esta destinación, especialmente en la determinación de la voluntad de Jesús sobre la dimensión comunitaria que ha querido atribuir a la vida consagrada. Antes de recibir la extensión más amplia, los textos evangélicos se deben considerar según el significado que les confiere el contexto histórico: Precisamos, entonces, los motivos por los cuales se debe admitir en el precepto del amor re-

14. Barret nota que la preposición "en" significa al mismo tiempo "en" y "entre"; es decir que el amor del Padre y la presencia de Jesús permanecen en cada uno de los discípulos y los unen entre sí. Se debe recordar que la presencia de Dios en medio de su pueblo era el objeto de la esperanza mesiánica (*John*, 430).

cíproco y en la oración por la unidad, algunas indicaciones sobre el compromiso en el amor fraterno en la comunidad, que debe distinguir la vida de los que Cristo llama a seguirlo.

Ante todo está el hecho de que la exhortación al amor recíproco y la súplica por la unidad pertenecen al cuadro de la última Cena, a la que sólo los Doce habían sido invitados por Jesús. El cuadro está expresamente elegido para la formulación del mandamiento nuevo, así que este último está, primero de todo, en las intenciones del Maestro, destinado a los apóstoles.

Además, el precepto de amarse unos a otros se aplica particularmente, como hemos notado, a los apóstoles que habían disputado tanto por el primer puesto, lo que exige de su parte un cambio radical en las disposiciones personales.

Este precepto concierne, propiamente, al amor recíproco, y no al amor al prójimo en general: corresponde a las relaciones que tienen los discípulos entre sí, y tiende, en consecuencia, a mejorar el clima comunitario, a fundar sobre una base más firme el buen entendimiento.

Es necesario también notar que los que escuchan la invitación de Jesús al amor recíproco y a la unidad son consagrados, ya que el Maestro declara que se consagra a sí mismo: "para que también ellos sean consagrados en la verdad" (*Jn 17,19*).

De aquí surge la intención especial de Jesús de exigir de parte de sus discípulos una actitud de amor fraterno recíproco y un esfuerzo por mantener la unidad del grupo. Esta intención ilumina las exigencias de la vida comunitaria como Jesús la ha querido para los consagrados.

Si el precepto del amor recíproco debe extenderse, a todos los cristianos, se aplica por excelencia a los que son llamados a dar toda su vida a Cristo. Con su adhesión a Cristo, se esfuerzan por poner en práctica, del modo más completo, lo que establece el primer mandamiento: amar al Señor con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas (*Lc 10,27* y par.). Ya que Jesús ha ligado este mandamiento al del amor al prójimo, están llamados a poner en práctica de una manera más intensa su consagración a través de las relaciones de amor recíproco. La asociación irrisoluble de los dos mandamientos debe expresarse más profundamente en su existencia.

De aquí se ilumina el designio divino con respecto al rol de la vida consagrada en el desarrollo de la Iglesia. Jesús quiso fundar una Iglesia animada por el amor fraterno, del cual El era el iniciador. Ante todo quiere llevar a la práctica esta sociedad fraterna en el grupo de los que había invitado a seguirlo; allí, la comunidad de amor debe tomar su forma más vigorosa, más completa, para poder extenderse a todos los creyentes. Esta comunidad se constituye viviendo en la comunidad de las personas divinas, según la oración: "Que todos sean una cosa sola en nosotros". La unión de amor del Padre y del

Hijo forma el vínculo que une entre sí a los consagrados para reunir en la unidad, por esta vía, a todos los cristianos.

El grupo de los apóstoles llegará a ser en la Iglesia el Colegio de los Obispos, cuya unión fraterna cumple un rol decisivo para conservar a los cristianos en la unidad. El grupo más amplio de los discípulos y el grupo de las mujeres que siguen a Jesús, testimonian la intención de formar en torno a sí comunidades de hombres y mujeres consagrados que viven de manera integral el amor fraterno. Estas comunidades deben contribuir a dar a toda la Iglesia el espíritu de fraternidad.

Desde este punto de vista, la vida consagrada se coloca en el corazón de la Iglesia. Las comunidades religiosas producen en sí mismas un amor que está destinado a difundirse en toda la comunidad cristiana. Cuando es vivido por los religiosos, el precepto nuevo: "Amense unos a otros como yo los he amado" manifiesta su grandeza y su belleza, y puede ejercer una influencia más viva en el comportamiento de todos los cristianos. Hay en esto una función esencial de la vida consagrada en la difusión de la caridad; y también hay una responsabilidad notable de los obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas en el nivel fraterno de la vida eclesial.

Jesús no ha fijado una forma particular al amor fraterno, ni a la vida en comunidad; se ha limitado a establecer una forma de vida fraterna y comunitaria, enunciando más allá de todo, la inspiración de amor recíproco que debía manifestarse en ella. Atribuye una importancia fundamental a este amor recíproco, llamándolo "mi mandamiento" (Jn 15,12). No es posible adherirse a él si no es empeñándose en el camino de este amor.

Empeñarse en el amor fraterno en la comunidad constituye, por lo tanto, un aspecto esencial de compromiso en la vida religiosa. Como el compromiso en la oración y el compromiso en el servicio de la Iglesia, merecería ser más formalmente enunciado en el momento de la profesión.

Esta mención más explícita atraería mayormente la atención sobre las aplicaciones del amor fraterno. El cuadro evangélico de las disputas siempre renacientes entre los discípulos muestra que la conservación de la unidad se ve siempre amenazada por las reivindicaciones del amor propio. Muchas veces las dificultades de la vida religiosa vienen, sobre todo, de las asperezas que se revelan en las relaciones comunitarias. El compromiso más formal en el amor fraterno, expresado en la profesión, fortalecería la resolución de superar todas estas dificultades gracias a la fuerza del amor prometida por el Maestro, y de retomar cada día el esfuerzo para lograr un acuerdo más sólido y más profundo.